

LUCES, SOMBRAS Y POSIBLES CONSECUENCIAS DEL EXITO DE LA ESPECIE HUMANA

Por *JOSÉ MANUEL RUBIO RECIO*

Excmo. Sr. Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, Excmos. Sres. Académicos, señoras y señores:

A pesar del tiempo transcurrido desde que se me comunicó oficialmente mi elección para formar parte de esta Academia hasta este momento en que se me recibe públicamente, no me han abandonado dos sentimientos: el primero, de inseguridad, en cuanto a reunir los méritos acordes a esta Institución y a sus componentes; y el segundo, de sincero agradecimiento por el honor que me conceden.

Los saberes en los que me muevo no parecen cercanos a las “buenas letras”, pero también es cierto que me formé, a Dios gracias, en la Facultad de Filosofía y Letras, y no dejo de valorar la formación que en ella recibí y que me acerca a lo que el nombre de esta Academia parece pedir de sus componentes.

Expresar algo con “buenas letras” es un ideal al que se aspira, pero para mí es un arduo trabajo del que, una vez ultimado, rara vez me siento satisfecho. Desde este sentir es aún mayor mi deuda de gratitud por vuestra elección.

Si, además, y como es mi deber en el inicio de mi discurso, tengo que hacer referencia inexcusable a mi predecesor en el puesto para el que me habéis designado —un gran dominador de las ideas, la palabra y la pluma, como lo fue Alberto Díaz Tejera— de nuevo mis méritos se me aparecen pequeños.

Fue catedrático de Filología Griega en la Universidad Hispalense; Presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos y Vicepresidente de la Sociedad Española de Lingüística. Nacido en las Islas Canarias, tras licenciarse ganó cátedra de Enseñanza Media de Griego, que desempeñó en el País Vasco, y de allí pasó, por oposición, a la también cátedra de Griego de la Universidad de Sevilla. Llegó a esta tierra avanzados los sesenta del ya pasado siglo, y aquí se quedó.

Los escritos de Platón y Aristóteles fueron los objetos fundamentales de sus principales obras, ya desde su tesis doctoral sobre la cronología de los diálogos platónicos. Luego, en 1972, comenzó la ingente tarea de traducir y hacer una edición crítica de las “Historias” de Polibio. No ha lugar a reseñar su más de un centenar de contribuciones escritas sobre el mundo clásico, en las que se unen armoniosamente la ciencia, la reflexión filosófica y la expresión escrita.

Someramente ésa fue su trayectoria profesional. Pero además estaba el hombre. Hombre bueno y dialogante. Abierto y conciliador. Nunca soberbio. Prudente y humilde, como puede verse reflejado en la anteúltima página de su discurso de ingreso en esta Academia, valorando como muy actual un texto de Aristóteles. Muy alto dejó el listón –yo diría que inalcanzable– para quien le va a sustituir.

El título elegido para mi disertación es: “LUCES, SOMBRAS Y POSIBLES CONSECUENCIAS DEL EXITO DE LA ESPECIE HUMANA”.

Soy consciente de las ingentes dimensiones de la temática y de la desbordante bibliografía que se puede encontrar en torno al tema. Ello me obliga, como bien comprenderán, a una selección de aspectos.

Por otra parte, en el título se afirma o se da por supuesto que nuestra especie ha tenido éxito, lo cual puede ser cuestionado. Quizá debiéramos decir que se trata de un éxito relativo. En cualquier caso deberé comenzar por justificar la afirmación.

Me parece evidente que nuestra especie, a lo largo de su existencia, ha logrado un éxito en cuanto a convertirse en ecuménica y numerosa. Muy numerosa. Se trata, pues, en primer lugar, de un éxito cuantitativo. Esquematicemos en unas pocas líneas cómo se ha producido la progresión.

Todo empezó hace más de 5 millones de años, con la aparición en el centro-este africano de los llamados prehomínidos. Después, hace 1.800.000 años, aparece nuestro primer antepasado fuera de Africa: el *Homo erectus* de Java. Y hace 500.000 años el *Homo sapiens* está disperso en hordas por distintos puntos, no sólo en Africa sino en toda Eurasia: se trata de los neanderthales. Por fin, hace unos 50.000 años, se produce lo que se llama "el gran salto adelante", que da paso a los cromañones, con útiles de piedra normalizados: arpones, propulsores, arcos y flechas, tejidos, joyas y manifestaciones artísticas.

Parece ser que en este grupo humano de los cromañones se produjeron algunos procesos evolutivos trascendentales, como fue el que se dio en sus laringes, propiciando la base anatómica para el lenguaje moderno; y quizá también un cambio en la organización del cerebro, al aumentar de volumen. Dejemos de lado la cuestión de si esto se produjo en uno o en varios centros de origen. Lo que sí sabemos es que las propiedades anatómicas y nuevas técnicas adquiridas por los cromañones hicieron que este grupo desplazara y eliminara a los neanderthales, y, además, lograra desde el viejo mundo una gran progresión territorial, llegando pronto a Nueva Guinea y Australia, mientras su llegada a América se retrasaría hasta una fecha imprecisa entre los 35.000 y los 15.000 años a. de C.

Parece indudable considerar este largo proceso como un éxito cualitativo y cuantitativo, que habría de continuar. Veamos cómo.

A partir de unas simples hordas en los barrancos de Olduway y Laetoli, en el Africa centro-oriental, se estima que, tras ocupar todos los continentes, en el 10.000 a. de C. podía haber en la Tierra quizá algo más de 5 millones de personas. Consideremos que para alcanzar ese número hizo falta bastante más de un millón de años. Pero a partir de la fecha citada el proceso se acelera. En 1650 d. de C. se calcula que la población de la Tierra podía estar en torno a los 500 millones. Desde las fechas prehistóricas hasta entonces habían pasado sólo 11.000 años. La población se había multiplicado por cien.

Al comenzar el s. XX alcanzábamos 1.600 millones de personas. Si hasta ese momento el periodo de duplicación de la po-

blación era de 250 años y el índice de crecimiento era de un 0,3% anual, en 1900 el periodo de duplicación había bajado a 140 años y el índice de crecimiento subido al 0,5%. En 1970 se totalizaban en el mundo 3.600 millones de personas, el ritmo de duplicación era de 60/70 años y el índice de crecimiento del 2,1% anual.

A partir de esa fecha se inicia la llamada “transición demográfica” y, con ella, una leve ralentización en el ritmo del proceso, que se mantiene progresivo, aunque sólo sea por razones de inercia. Si bien la natalidad comenzó a disminuir, también lo hacía la mortalidad. Y aunque el índice de crecimiento bajó del 2,1 al 1,7% anual, al finalizar el siglo rebasábamos los 6.000 millones de habitantes.

Así, si en 1970 se añadían cada año 76 millones de habitantes a la Tierra, el aumento por año en 1990 era de 92, y en el 2000 de 100 millones.

A partir de ahora la cifra empezará a bajar lentamente. Pero de lo que debemos tomar conciencia es de lo que supone cualquiera de las últimas cifras de aumento anual. Cien millones son las poblaciones sumadas de Alemania, Austria y Suiza; o la de seis ciudades como Nueva York; o la de dos veces y pico la de España.

Generar a ese ritmo los necesarios puestos de trabajo, bienes y servicios –vivienda, entre otras cosas- es una tarea no fácil de lograr y que provoca tensiones y problemas sociopolíticos innumerables.

Es evidente que lo analizado es el hecho global a escala Tierra. Si redujésemos la escala y contempláramos distintos escenarios, la realidad nos mostraría caras diferentes e incluso contrapuestas. Así, los países desarrollados, en general, se encuentran en situaciones demográficas regresivas, lo que se traduce en otras problemáticas, de las que seleccionamos, por ejemplo, la del envejecimiento de la población y la necesidad de recibir una fuerza de trabajo foránea, sólo controlada en parte y cuya integración puede generar tensiones de resolución complicada.

Para hacernos una idea con un caso concreto demos el de la envejecida autonomía de Castilla-León, que, para compensar su situación de descenso de la población activa, necesita que en esta década le lleguen 150.000 personas en edad laboral.

Pero retornemos al escenario global Tierra.

A lo largo de la historia de nuestra especie hemos asistido hasta finales del siglo XVIII a un crecimiento numérico paulatino de la misma. Y era paulatino, con avances y retrocesos, porque los cuatro jinetes del Apocalipsis ejercían sobre la humanidad un duro control, sin que se pudiera hacer nada contra ellos.

Mas a partir del XVIII el hombre comienza a reducir los efectos de la peste y la muerte, y palía los del hambre, al conseguir producir más alimentos. Son el desarrollo de la ciencia y sus aplicaciones los que producen la llamada genéricamente Revolución Industrial, que se orienta a la mejora de múltiples campos de la actividad humana: revolución en el mundo rural con la mecanización, el descubrimiento de los abonos químicos y mejoras selectivas de las plantas de cultivo; revolución estrictamente industrial y desarrollos tecnológicos que, sumados al uso y empleo de nuevas fuentes de energía –canalizándolas a nuestro servicio– abrieron la puerta a los nuevos medios de transporte, que harían del mundo una sola unidad; y revolución en la higiene y la medicina, desarrollando los conceptos de asepsia y antisepsia, con lo que se paliaban los efectos de la peste y se empezaba a retrasar la edad media de la muerte.

Todo ello permitió al sector de la humanidad generador de este proceso de cambio hacerse dueño de distintos poderes y cambiar cualitativamente formas o estilos de vida, por el aumento de la oferta de bienes y servicios.

No deberíamos olvidar algunos otros cambios que se fueron produciendo tras los citados, así como tampoco cuál era la situación sociopolítica previa que, al avanzar los tiempos, fue variando a mejor, venciendo posiciones retrógradas con avatares duros y diversos. Durante miles de años el individuo medio vivió, a consecuencia de lo escaso de sus conocimientos y de la inadecuación a la realidad de sus métodos de trabajo, en un estado de drástico racionamiento de sus necesidades más elementales. Con su salario obtenía algo menos de medio kilo de pan por hora de trabajo, carecía de subsidios familiares, ayudas en caso de huelga, de seguridad social e indemnizaciones por accidente. Y trabajaba, a lo largo de su vida activa, que rara vez sobrepasaba los 35 años, más de 12 horas diarias, con sólo el descanso dominical.

En los periodos mas florecientes de la Edad Moderna, escasamente la tercera parte de los hombres y la décima parte de las mujeres adultas habían aprendido a leer. Los jóvenes que alcanzaban los últimos grados de la enseñanza secundaria sólo suponían el 5 por mil del total de individuos en esa edad.

Las cifras dadas en los párrafos anteriores fueron mejorando al avanzar la Revolución Industrial, hasta los niveles que todos Vds. conocen. La esperanza de vida, que con dificultad rebasaba los 40 años, se elevó hasta por encima de los 60. La mortalidad infantil, que con facilidad se elevaba por encima del 50% en el primer año de existencia, se redujo a menos del 1%. El control de las enfermedades –pestes- se hizo cada vez más efectivo. La oferta de alimentos para quien tiene poder adquisitivo medio, o incluso medio-bajo, no tiene limitaciones, si bien, para el año que acaba de pasar, los observadores nos dicen que estamos tocando techo en la producción y en la posibilidad de abastecimiento.

El ciudadano del mundo desarrollado o en vías de desarrollo nunca en sus historia ha gozado de tantos y tan variados posibles, aunque su obtención tienda a concentrarse en la parte alta de la pirámide social.

Sin saber si para bien o para mal, la población activa de nuestro mundo ha pasado de estar en un 95% ocupada en el sector primario a tan sólo un 10%, trasvasándose en su gran mayoría al sector terciario.

En principio tendremos que admitir que el cambio de niveles y géneros de vida, si bien no generalizados a escala mundo, ha supuesto una innegable mejora cualitativa. Mas una pregunta se hace inevitable: ¿Podemos ampliar esta situación y, lo que es más importante, podremos mantenerla en el futuro?

Pero antes de pensar en el futuro no estaría de más tomar conciencia de que los desarrollados somos sólo un tercio de la humanidad viviente. Y que de los dos tercios restantes uno alcanza levemente las ventajas antedichas, mientras que el otro vive en unos niveles de precariedad vital que debemos calificar de inhumanos.

Si, por un lado, constatamos que hay alimentos suficientes para todos, por otro, en cambio, más de un tercio de la humani-

dad pasa hambre o vive en el hambre. En ese tercio son nada menos que 800 millones de personas, lo que, en nuestro mundo, no deja de ser un anacronismo y una tragedia para los que la padecen. Se trata de una situación que a nadie puede dejar indiferente, porque el hambre en los albores del s. XXI resulta algo inaceptable y que debiera abochornarnos.

Ninguna otra causa de muerte genera tantas como el hambre, que siega la vida a 50 millones de personas cada año. Y es que 1.500 millones de nuestros congéneres no cuentan con lo que se considera el mínimo vital.

La pobreza de esa masa es aún más grave por la ignorancia que la acompaña: son siempre los más pobres los que cometen los errores de nutrición más nefastos, por no haber recibido educación alguna.

No deja de ser triste pensar que hoy, si los alimentos producidos a nivel mundial se repartieran de forma equitativa, cada persona dispondría al día de las 2.700 calorías, que es la cifra que se considera necesaria para una alimentación suficiente y normal.

Insistiré en algo ya apuntado en cuanto a mi exposición. Habiendo optado por un punto de vista global, a escala Tierra, aunque citando ejemplos significativos, soy consciente –insisto– en lo que tiene de simplificación. En cualquier caso, se nos dice que debemos pensar globalmente para, en consecuencia y dada nuestra limitación como individuos, actuar localmente. Ninguno de nosotros ignora que la desigualdad preside nuestras sociedades o países –desarrollados o menos desarrollados– y que en cualquier lugar queelijamos como ejemplo existen bolsas de pobreza o de hambre, y que en algunos sectores de población, determinadas enfermedades tienen una fuerte incidencia.

En relación con el tema del hambre se nos abren dos interrogantes de cara al futuro: primero, ¿cómo lograr que los alimentos para paliarla lleguen a su destino final y no se queden en los grupos que ostentan el poder y hacen del hambre un arma o instrumento de aniquilación de los grupos opositores?; y, segundo, ¿podrá el mundo alimentar sin problemas a la humanidad creciente que, según los más optimistas, alcanzará solo los 10.000 millones antes de detenerse?

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, la seguridad en el abastecimiento de alimentos fundamentales se apoyaba en la acumulación de unos stocks –por la producción de excedentes- con los que se corregían los déficits de los años de malas cosechas generalizadas. Era un margen de seguridad que se consideraba necesario. Lo que para otros productos se llama una reserva estratégica. Pues bien, en el año 2000 esas reservas estaban bajo mínimos. Habíamos entrado en un periodo o situación de riesgo potencial del que no parece fácil salir, ya que hoy la producción no aumenta, mientras que la demanda sí lo hace.

Al jinete peste se le ha combatido con éxitos impensables hace no más de un siglo. Vacunas, antibióticos, técnicas de proyección del organismo, quirúrgicas, de asistencia e infinidad de otras mejoras que garantizan al mundo desarrollado unos niveles de sanidad muy superiores a los de tiempos no muy lejanos, aumentando nuestra esperanza de vida. Pero, como los del hambre, los niveles de sanidad ni están generalizados ni distribuidos por igual.

Aunque se las acabe venciendo, han surgido pestes nuevas que asolan continentes y países desfavorecidos. A finales del s. XX, la ONU y la OMS certificaban una cifra de más de 36 millones de personas portadoras del SIDA, de los que unos 25 millones corresponden al Africa subsahariana. Los agentes patógenos han desarrollado cepas resistentes a los antibióticos, y algunas enfermedades consideradas como erradicadas presentan brotes esporádicos preocupantes. A esas reapariciones se van a añadir otras, propiciadas por el ya en marcha cambio climático, que favorece la expansión de enfermedades antes confinadas a los trópicos y que ganan terreno en los mundos subtropicales como el nuestro; entre ellas hay viejas conocidas, como la malaria y otras menos, como el llamado virus del Nilo, el dengue y la leishmaniasis, que permanecían de forma endémica en zonas limitadas.

Frente al cuarto jinete, la guerra, no creo que se pueda hablar de éxito. Si bien parecen existir frenos a la lucha total – más que nada porque la aniquilación también podría ser total- la guerra está ahí. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial a hoy se han producido al menos 170 conflictos armados, la mayoría de ellos en los países en desarrollo. Más de la mitad de esos

conflictos han sido guerras civiles por diferencias tribales o religiosas, pero sus auténticas raíces se hallan en problemas de propiedad, acceso o venta de recursos básicos, y, aunque se les tilde de conflictos locales, tras ellos están implicados en alto grado intereses de grupos económicos del mundo desarrollado, cuando no sus propios gobiernos. Además, el abastecimiento de armas que alimenta cualquiera de estas guerras es una actividad económica que mueve una cantidad de dinero sólo superada por la de la industria petrolífera. Estimando por lo bajo, son nada menos que 250.000 millones de dólares los que se destinan cada año a la compra de armas. Ahora piensen Vds. quién compra y quién vende, entre otras muchas reflexiones que pudieran hacerse sobre esta cuestión, como pudiera ser la del posible empleo de esas cantidades no ya en simples ayudas –limosnas- humanitarias sino en financiación de mejoras estructurales. Los millones antedichos son justamente lo contrario, son desestructuradores de cualquiera de los campos a los que orientemos nuestra mirada: rompen o imposibilitan estructuras sociales; aumentan la desigualdad; favorecen el autoritarismo militarista; truncan la normal vida económica y cualquier iniciativa productiva estable y a largo plazo; y, por supuesto, aumentan la separación entre países pobres y ricos.

Mas ¿quién se resigna a no obtener millones de dólares por el procedimiento de producir y vender armas? ¿qué gobierno se atrevería a cerrar y proscribir a ese sector industrial en su propio país? En esto parece que hubiera un acuerdo tácito de todos los partidos políticos, porque ¿oyen Vds. a algún partido de la oposición –eso sí, con posibilidad de acceder al gobierno- hablar del tema? Me temo que todas las respuestas serían negativas.

Bien, así pues, nuestro éxito cuantitativo está acompañado de indudables éxitos cualitativos, aunque éstos no afecten por igual al conjunto de nuestra especie.

La humanidad, liderada por la parte que llamamos mundo occidental, ha vivido y vive una etapa de su historia que arranca de la Revolución Industrial iniciada en el s. XVIII, etapa que un naturalista consideraría una situación “de óptimo biológico”. Mas lo que hoy tenemos que plantearnos, como ya apuntamos antes,

es si tal situación va a mantenerse o puede mantenerse en el tiempo, y, en cualquier caso, con qué consecuencias o con qué costos.

Lo que acabo de llamar “óptimo biológico” –resultado de la Revolución Industrial– es un conjunto de logros científicos, aplicados a distintas técnicas, que han canalizado para nuestro exclusivo beneficio fuerzas y recursos naturales. Pero a costa de eliminar a especies competidoras en la ocupación del espacio o en la obtención o conservación de alimentos.

Hoy hemos activado la comunicación y el transporte de bienes y servicios, con una rapidez y diversidad de medios impensable hace no muchas décadas, pero con un consumo acelerado de fuentes de energía agotables, cuyos techos se estiman no lejanos.

Todo ello ha puesto a disposición del mundo desarrollado una inmensa cantidad de bienes materiales y estamos inmersos en la era tecnológica, en la que cualquier nuevo descubrimiento o avance es un nuevo éxito para la especie. Éxito que se ha estado apoyando y lo sigue haciendo en una aceleración de los procesos y consecuentemente en el ritmo de nuestras vidas. En algún momento será necesario reflexionar si no habrá que frenar. Y no sólo en el ritmo, sino también en invertir o cambiar la dirección de bastantes de nuestros comportamientos, en función de lo que a continuación desarrollaré.

Es evidente que nos hemos convertido en una especie capaz de alterar la faz de la Tierra en proporciones tales, que ello se traduce en unas nuevas situaciones de la estructura de los elementos constitutivos del sistema Tierra. Al estar nosotros provocando cambios, se producen, de acuerdo con la lógica del sistema, reajustes funcionales del mismo, en busca de nuevas situaciones de equilibrio. “Nuevas” significa distintas de las actuales, que son en las que estamos acostumbrados a vivir y que, si cambian, pueden afectarnos desfavorablemente. No caigamos en la falacia de decir que con nuestras actuaciones dañamos a la Naturaleza, que la perjudicamos, que la empeoramos. No. Rotundamente no. Simplemente la estamos cambiando e, insisto, frente a ello se reajusta como lo ha hecho siempre y miles de veces a lo largo de toda su historia geológica. Si lo que estamos haciendo a la Naturaleza nos preocupa es sólo y exclusivamente porque su

respuesta puede ser mala o peligrosa para nosotros, para nuestra especie. Porque no creo que haya nadie que haya oído quejarse a la Naturaleza.

Ella seguirá imperturbable su vida planetaria, y nuestras acciones son simplemente distintas, aunque de la misma índole y ciertamente en algunos casos no de menores consecuencias, que fenómenos como el del meteorito que se estrelló en nuestro astro a finales de la era secundaria, cuyas consecuencias, pese a lo momentáneo del impacto, se fueron manifestando a lo largo de siglos y supusieron la destrucción de nada menos que dos tercios de las especies existentes. Esa catástrofe la personalizamos sólo en la desaparición de los dinosaurios, la cual, por cierto, favoreció el desarrollo del árbol filogenético de los mamíferos y, dentro de ellos, de nosotros mismos. Otra catástrofe fueron las glaciaciones cuaternarias: cambios climáticos que obligaron a reajustes territoriales o adaptaciones a todas las especies vegetales y animales de la Tierra. Unas lo consiguieron, y otras, simplemente, desaparecieron, dejando espacio a nuevas. Pero incluso las que sobrevivieron hubieron de hacerlo con traumáticas variaciones poblacionales.

Cualquier otro ejemplo que pudiéramos sería siempre el de un cambio en los subsistemas físicos de la Tierra -atmósfera, litosfera e hidrosfera- cuya consecuencia son cambios en la biosfera de la que nosotros somos parte integrante.

Estos cambios en los subsistemas físicos del planeta y los consiguientes cambios en su biosfera son los que provocan nuestra alarma hoy, porque en ningún momento de la historia humana nuestra especie alcanzó una capacidad de modificación del medio físico como la que tenemos desde la Revolución Industrial del XVIII para acá.

En los párrafos anteriores hemos identificado a la Tierra como un sistema, y ello supone que nuestro sistema, como cualquier otro, está sometido o regido por las leyes o principios de la Termodinámica, según los cuales caminamos en un proceso entrópico. Apuntemos lo que esto significa.

Primero hay que anticipar que el sistema Tierra es lo que se llama un sistema cerrado en cuanto a materia. Lo que quiere

decir que el uso de los materiales terrestres está limitado por las cantidades disponibles de los mismos; y que, si este uso consiste en su transformación en energía, ese material es irrecuperable, cual es el caso de los llamados combustibles fósiles. Se trata, pues, de recursos agotables al compás de su conversión en energía para nuestro beneficio. Otros productos o materiales, como pueden ser los metales o minerales de empleo común, son sólo recuperables o reciclables parcialmente, pues en su mayoría, aunque no se pierdan materialmente, sí pasan a estados o situaciones que imposibilitan su reutilización. Tienen también el carácter de recursos agotables.

De esta suerte, nos encontramos con que nuestros ritmos de consumo se enfrentan con la existencia de unos límites, más o menos lejanos, para los que, cuando nos acerquemos o topemos con ellos, no sabemos que alternativas de sustitución tendremos, si es que las hay.

Existe la creencia, optimista, de que, como ocurrió en otras épocas, el hombre, ante situaciones críticas, siempre encontrará salidas. Pero es necesario poner de relieve que hasta avanzada la Revolución Industrial el espacio "Tierra" ofrecía nuevos horizontes territoriales que permitían salidas a situaciones de crisis, aunque estas soluciones fueran simples saltos adelante cuyas consecuencias no cabía medir.

Curiosamente, anticipándose a los ecologistas, en los años 20 del pasado siglo, Paul Valéry ya dijo: "Ha comenzado la era del mundo finito". Y a los pocos años fue Arnold Toynbee el que expresó algo parecido al escribir: "La humanidad quizá tenga que elegir entre dos alternativas extremas: la de suicidarse siguiendo el comportamiento actual o la de aprender a vivir en lo sucesivo como una familia única". Los dos planteamientos mantienen su vigencia en el momento actual, y, si somos lógicos, lo dicho nos obliga a pensar y comportarnos de manera diferente a como lo hemos hecho hasta ahora.

Tuvieron que pasar más de 50 años desde la publicación de la frase de Paul Valéry para que en la Conferencia de Estocolmo de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente se acuñase el dicho que inspira o preside hoy cualquier análisis ecológico: "Una sola Tierra". O, dicho de otra manera: somos pasajeros de

una nave, la “Nave Tierra”, y no disponemos de ningún recurso ajeno a ella, salvo la radiación energética del Sol, la energía gravitatoria y la de la propia Tierra o geotérmica, que —a nuestra escala del tiempo— son infinitas.

La energía de estos tres orígenes es la que anima y hace funcionar al sistema Tierra de una determinada manera y con unos ritmos o ciclos de los distintos materiales que estructuran el sistema.

Y es en ese ambiente natural en el que surgió nuestra especie, acomodándose a lo que la Naturaleza —la Tierra, el sistema— ofrecía, dependiendo para su supervivencia única y exclusivamente de su propia energía. Eran recolectores, cazadores y pescadores, que se hicieron sapiens al ser capaces de elaborar herramientas para mejorar los resultados de estas tres actividades. También, en algún momento de esos albores, se iniciaría la captación y puesta en servicio de distintas formas y fuentes de energía.

Su primera conquista energética trascendental fue la del fuego, al que, durante milenios, se asignó el carácter de fenómeno sagrado y que, al principio, ni siquiera sabían producir, tan sólo conservar. Aún después de aprender a producirlo el fuego fue objeto de culto y formó parte de multitud de ritos de carácter religioso. Pero, en relación con él, el hecho que más nos interesa es saber que, hasta los comienzos de la Revolución Industrial, fueron la madera u otros productos vegetales los únicos combustibles con los que se producía.

Los instrumentos primitivos sólo fueron, durante milenios, una prolongación de la energía humana. Y su fabricación, aun siempre mejorando, no pasó hasta el siglo XVIII de lo que hoy llamaríamos artesanía.

La madera fue también, junto con la piedra y el hueso, la primera materia prima para la producción de útiles y, después, de viviendas.

La puesta de animales al nuestro servicio, para alimento, pieles y productos textiles, por un lado, y como colaboradores energéticos, por otros, fueron un nuevo avance que se combinó con la agricultura y el uso de los metales, extraídos con la colaboración del fuego sagrado.

Se había producido la Primera Revolución, y, con ella, nuestra especie comenzaba su historia de dominación de la Naturale-

za. Ya en aquellos tiempos generamos cambios en el medio natural, que se volvieron en nuestra contra. En la raíz de la desintegración de algunos imperios o civilizaciones, cada vez está más claro que hubo ajustes ecológicos que contribuyeron a su ocaso. El de Mesopotamia o el Maya parecen vinculados a inadecuados usos del agua, y el del Imperio Romano a un uso de la tierra que destruyó el bosque mediterráneo y favoreció la erosión del suelo, con la consiguiente extensión de los desertizados y caída en la producción de alimentos.

De cualquier manera, se trató de episodios locales sin significación planetaria. Tampoco significaron acumulación de experiencia para actuar en consecuencia en lo porvenir. Los pueblos bárbaros retrotrajeron a las naciones europeas a las más viejas prácticas ganaderas, la agricultura se acantonó allí donde los agrosistemas se mostraron funcionales y la vida prosiguió. A lo largo de la Edad Media, una población que crecía —pese a crisis como la peste negra— retornaba a la actividad agraria, desmontando los bosques, pero sin grandes desequilibrios.

Hasta la revolución del Neolítico nuestra especie sobrevivió, como cualquier otra, por simple acomodación al medio, después comenzó a hacerlo modificándolo. Tras el Renacimiento la ciencia cobra una nueva dimensión, que ya sabemos en lo que culmina; en ese momento se inicia un monumental salto cualitativo y cuantitativo apoyado, insisto, en la ciencia, cuyas aplicaciones permiten la explotación, puesta en valor y tecnología de uso de nuevas fuentes de energía: los combustibles fósiles. Vuelve a ser la energía puesta a nuestro servicio el motor del cambio fundamental para la mayor transformación de la Naturaleza y poner a ésta al servicio de quien la transforma.

Al mismo tiempo que nuestra especie crecía y saturaba el espacio, los fenómenos y problemas que en otros tiempos fueron locales adquirieron el carácter de globales o planetarios. Los trastornos adquirían una nueva escala y, lógicamente, las respuestas también la tienen.

Ante los peligros que se ciernen, el mundo científico y la masa de la población con acceso a la información se ha sensibilizado ante la incertidumbre de un futuro de cambios en el equilibrio natural en el que se ha desenvuelto hasta ahora nuestra exis-

tencia. Los sondeos de opinión nos dicen que la prioridad en las preocupaciones se centra, primero, en los trastornos del subsistema atmósfera: cambio climático y reducción de la protectora capa de ozono; y segundo en los trastornos del subsistema biosfera: pérdida de hábitats naturales y pérdida de especies o de biodiversidad.

En el subsistema atmósfera los trastornos están ocasionados por las emisiones que realizamos de carbono en forma de gas $-CO_2-$ y de unos productos químicos $-$ clorofluorocarbonos o CFCs $-$ que acompañan a los sprays de aerosoles, universalmente usados durante el último tercio del siglo pasado y considerados como inocuos. En el subsistema biosfera los trastornos son debidos a acciones directas e indirectas en relación con la necesidad de espacio, la explotación indiscriminada de la biota en todos sus ámbitos y la tendencia a la simplificación de los hábitats a fin de explotarlos con altos rendimientos a corto plazo y tecnologías que ignoran y desprecian a la Naturaleza.

Las secuelas del cambio climático y de la reducción de la capa de ozono están con frecuencia en la prensa, y creo que todos somos conscientes de las dificultades que entraña, no ya dejar de emitir gas carbónico, sino encontrar la energía alternativa que cumpla la misma función que los combustibles fósiles y, por supuesto, sin producir contaminación. Aunque es posible que sea el problema más acuciante que tiene la humanidad en cuanto a trastornos de la Naturaleza, no voy a dedicarle más atención, para sí hacerlo, en cambio, con los que estamos produciendo en el subsistema biosfera. Estos se despliegan en muy diversos frentes, y se imbrican con los de la atmósfera. Por menos conocidos y más cercanos a mis tareas docentes e investigadoras voy a prestarles algo más de atención.

Como entidad viviente somos una especie más de la biosfera. Somos una entre el millón ochocientas mil especies conocidas y descritas por la ciencia. Los científicos que trabajan en la tarea de inventariar, describir, clasificar y nominar a las especies estiman que la cifra dada es, en el mejor de los casos, una quinta parte de las existentes y, en el peor, una veinteaava. Es importante que tomemos conciencia de este nivel de ignorancia. Tenemos mucho mejor inventariado el cielo y sus estrellas, sabemos navegar por el espacio y llegar a miles de kms., mientras que desco-

nocemos en su mayoría a los componentes específicos que conviven en nuestro planeta. Incluso la gran mayoría de las especies inventariadas las conocemos por poco más que su nombre y descripción, aparecidas en revistas superespecializadas, desconociendo su función y propiedades. Esa situación se agrava cuando, ante el nivel de lo desconocido, constatamos que el ritmo de incorporación de nuevas especies al inventario es tan bajo que, aun con la estimación más favorable, tardaríamos siglos en completarlo.

El principal descubrimiento que nos ha traído este siglo de investigación y ciencia es probablemente la profundidad de nuestra ignorancia de la Naturaleza. Cuanto más sabemos, más nos damos cuenta de la magnitud de esta ignorancia. Esto en sí es una gran novedad. Una novedad que habría dejado perplejos a nuestros antepasados de los siglos XVIII y XIX. Por vez primera, podemos contemplar cara a cara nuestra propia ignorancia. Durante mucho tiempo se ha pretendido comprender de qué manera funcionaban las cosas. O simplemente se han contado cosas para tapar agujeros. Ahora que hemos empezado a estudiar seriamente la Naturaleza no podemos por menos que percibir la amplitud de los problemas y medir la distancia que hay que recorrer para intentar darles respuesta. El gran peligro de la humanidad no es el desarrollo del saber. Es la ignorancia.

Esta realidad incómoda lo sería menos si no supiéramos que estamos haciendo desaparecer especies a una velocidad mucho mayor que la que tuvo ese fenómeno en cualquiera de las grandes crisis que ha sufrido la vida en la Tierra. Y la de los dinosaurios no fue la mayor. La situación apuntada pudiéramos representarla como si fuéramos depositarios de una inmensa biblioteca en la que estuvieran almacenados todos los conocimientos posibles y, por necesidades de sitio o calefacción, fuésemos — sin siquiera haberlos leído— eliminando o quemando volumen tras volumen.

El fenómeno que estamos generando se debe simplemente a la forma de manifestarse de nuestro comportamiento interespecífico. Al intraespecífico ya nos referimos, aludiendo al jinete guerrero, que una vez más está a punto de materializarse.

Interespecíficamente competimos con otras especies en la ocupación del espacio y en la obtención de alimentos. Para esto

último recolectamos, cazamos, pescamos o ponemos a nuestro servicio para la práctica de la agricultura y ganadería a un corto número de especies. Al destinar espacio para estas dos últimas prácticas eliminamos a todas las que podemos y nos estorban. Directa o indirectamente, al hacerlo, destruimos tejidos funcionales de la biosfera que, cuando ya no los tenemos, demuestran ser útiles. Explotamos y destruimos selvas que no pueden recuperarse y que contribuyen a la regulación del clima, al mismo tiempo que perdemos los espacios que, en su situación natural, son la mayor reserva de especies de la Tierra.

Sabemos que las selvas ecuatoriales albergan más del 50% de las especies vegetales y animales del planeta, y son esos lugares sobre los que nuestro desconocimiento es mayor. Pues bien, las estamos destruyendo a un ritmo de entre 16 y 20 millones de ha. por año; lo que equivale al doble de la superficie de Austria o de Andalucía.

Más del 50% de los fármacos que están en el mercado proceden del mundo vegetal, y, en su mayoría, de la zona intertropical. A velocidad inusitada estamos haciendo desaparecer, sin siquiera conocerlo, un capital potencial, como también lo hacemos al borrar del mapa a los primitivos habitantes de esas selvas, portadores de saberes empíricos cuya importancia puso ya hace tiempo de relieve el antropólogo Claude Levi-Straus. Nuestro comportamiento intraespecífico no parece muy ético en este caso, sino más bien genocida.

Momentáneamente somos la especie dominante en la Tierra, lo que no deja de ser un éxito para las generaciones y los grupos que han propiciado esa situación de óptimo en la que consideramos estar. Pero, por desgracia, nuestro impacto es devastador y, de seguir destruyendo el entorno como en las últimas décadas, la mitad de las especies del mundo desaparecerán antes del 2050.

Toda una serie de razones, además de las expuestas, nos mueve a pensar que lo que está pasando con el subsistema biosfera no es bueno. Desde razones teóricas de índole ética, hasta razones prácticas, de cara a nuestra propia supervivencia en un inmediato futuro.

Desde el campo de lo teórico convendría preguntarse si no debemos desarrollar unos patrones de comportamiento éticos en cuanto a la conservación de las especies y de la Naturaleza en su

conjunto. Quizá debiéramos hacer nuestra la frase que se pone en boca del jefe indio norteamericano Luther Oso Erguido: “Somos de la Tierra y la Tierra está en nosotros. Amamos a los pájaros y animales terrestres que crecieron con nosotros en esta Tierra. Bebieron de la misma agua y respiraron del mismo aire. Somos de una misma naturaleza. Y, por creerlo, había en nuestro corazón una gran paz y una voluntad de ser bondadosos con todas las criaturas vivas que crecían”.

Con la misma filosofía podríamos afirmar que no tenemos el más mínimo derecho moral a exterminar especies a las que les ha llevado millones de años evolucionar y que tienen tanto derecho a estar en este planeta como nosotros. En realidad, ahora tienen más derecho a estar aquí, puesto que no han intentado salirse del lugar que les corresponde en la Naturaleza y, por consiguiente, en la mayoría de los casos, son beneficiosas para el Medio Ambiente. Mientras que no se puede decir lo mismo de la humanidad, pretendidamente civilizada, por muy optimista que sea nuestro punto de vista sobre nuestra propia especie. Además, si adoptamos la arrogante y endiosada actitud de que una cosa sólo debería existir si es de utilidad para el hombre, al preguntarnos “¿qué utilidad reporta tal o cual cosa?” encontraremos la respuesta de que, por ahora, no tenemos ni la más remota idea sobre lo que es y lo que no es beneficioso para el hombre.

El camino del conocimiento científico es, una vez descrito y analizado un hecho, compararle con los similares, para generalizar y así extraer conclusiones o leyes. Pues bien, si comparamos nuestro comportamiento frente a la Naturaleza con algún otro fenómeno similar, veremos que es idéntico al de las especies plaga, que, ante un óptimo —en su caso no creado por ellas mismas— se multiplican exponencialmente mientras el recurso que ha propiciado el óptimo se mantiene, y cuando el recurso se agota por el propio crecimiento de la plaga ésta desaparece. Históricamente, antes de los adelantos de la Revolución Industrial, el comportamiento demográfico de las superpobladas China e India fue ése, provocado simplemente por los ciclos naturales de situaciones climáticas favorables y desfavorables.

En la agenda de preocupaciones medioambientales ya hemos dicho que la destrucción de especies o, lo que es lo mismo,

la pérdida de biodiversidad, está al mismo nivel que la del cambio climático. Y es que el proceso de destrucción de especies ya se ha convertido en el más importante fenómeno del cambio ambiental, porque se trata del único proceso que es completamente irreversible, además de que sus consecuencias son, asimismo, las menos predecibles, en cuanto que –como ya apuntamos antes- el valor de la biota terrestre sigue en gran medida sin conocer y sin apreciar.

Nuestra interacción con el sistema de la biosfera está conduciendo o desembocando en una regresión de los sistemas naturales, comparando a éstos con la situación más probable que tendrían en un área determinada si el hombre no existiese o no actuase.

Mal que nos pese, somos una especie depredadora y en rapidísima expansión. ¿Por qué nos negamos a pensar dónde está nuestro techo? Cuanto más nos acerquemos –irresponsablemente- a él para tomar conciencia de que existe, más difíciles, duras y drásticas tendrán que ser las pautas de comportamiento para lograr nuestra supervivencia o para asimilar las correcciones que de forma natural nos impongan las reacciones de la propia Naturaleza o nuestro propio comportamiento intraespecífico, al que el jinete guerra es inherente.

Si ahora nos vamos al campo de lo práctico para juzgar lo irresponsable de nuestras actuaciones frente a los seres vivos, nos encontramos con que somos poseedores de tres tipos de riqueza: la material, la cultural y la biológica. Pero de la última, fruto de millones de años de evolución, no sólo no nos preocupamos sino que desconocemos las riquezas potenciales que alberga, en forma de alimentos, medicinas u otras sustancias de interés comercial.

La alimentación de la humanidad depende sólo de unos 30 tipos de plantas, que el hombre fue seleccionando intuitivamente, potenciando cualidades naturales de especies que encontró al azar. De esas 30 hay 8 que cubren solas las tres cuartas partes de nuestra dieta, mientras que se considera que son 80.000 las especies potencialmente comestibles. Y nuestra dependencia alimenticia se apoya en un número aún menor de especies animales –tan sólo 5 y algunas aves-, de las que el ganado de cerda es el más importante.

Ese corto número de especies son el principal baluarte de la humanidad frente al jinete hambre. Lo que no deja de ser un

bastión muy débil, según manifestaciones de la Academia de Ciencias de los Estados Unidos.

Hemos mejorado las razas y su producción, pero no estamos mucho más allá en cuanto al número de especies que se utilizaban en el Neolítico. Y cualquiera de las que usamos, abandonada sin nuestros cuidados, desaparecería en pocos años.

Al concentrar nuestras producciones, hoy, en las semillas híbridas, con su alto grado de artificialidad pero mucho más productivas en cuanto a volumen de producto, estamos eliminando patrones genéticos –variedades- que sirvieron a nuestros ancestros y que, por su carácter natural y espontáneo, eran o aún son un potencial a preservar ante los cambios que pueden avecinarse. Es lo que nos está pasando ya con variedades de cereales y, quizá más, con leguminosas tipo frijol, amén de con razas de ganado doméstico.

La selección empírica de los cultivos realizada en el pasado se fundamentaba en la utilización de la variabilidad natural presente en muchas especies. Y esa variabilidad es precisamente lo que podemos perder, sin que siquiera tengamos documentada científicamente la procedencia u origen de la especie en cuestión.

Con las semillas híbridas además –y también por motivos de rentabilidad- se tiende a la práctica del monocultivo, y, como revancha, la Naturaleza aprovecha esa circunstancia que propicia el desarrollo de plagas, lo cual a su vez favorece a la industria de los pesticidas. Una cadena interesante en la que nos toca perder siempre, pero que nadie detiene porque los intereses son muchos y las fuerzas económicas poderosas.

En total oposición a las prácticas anteriores, está demostrado que el policultivo, en unidades pequeñas, limitadas por setos naturales no directamente productivos –pero que son magníficos hábitats para predadores naturales de insectos dañinos para los cultivos- es un método mucho más equilibrado –ecológico, diríamos ahora, porque “lo ecológico” empieza a venderse- y que se aproxima a funcionamientos naturales.

Las plantas en estado silvestre desarrollan continuamente nuevos métodos para defenderse de los animales y microorganismos que las atacan. A su vez, los predadores no cejan en su lucha por desarrollar nuevas maneras de neutralizar las defensas

de las plantas. El secreto en ambos grupos para mantenerse en ese equilibrio dinámico es disponer de suficiente variabilidad genética para que pueda actuar la selección natural por sí sola.

Los científicos conocen unas pocas plantas manifiestamente superiores de cara a su explotación y consumo con respecto a especies cultivadas afines, pero que aún no se explotan comercialmente; por ejemplo una judía alada que se da en Nueva Guinea y variedades de la familia de las espinacas con las que se podrían utilizar los por ahora improductivos suelos salinos. ¿Cuántas especies de plantas más pueden tener caracteres alimenticios y ser utilizadas? No lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que estamos provocando la extinción de miles sin siquiera conocerlas.

Lo mismo nos pasa con las plantas medicinales. Se tienen identificadas unas 20.000 especies con propiedades curativas, pero a fondo sólo se conocen cerca de las 2.000, si bien constantemente se descubren aplicaciones nuevas de algún vegetal. Podemos exhibir multitud de ejemplos: una planta común en nuestros jardines y campos, como la vincapervinca, tiene una "hermana" de Sudáfrica que alberga la base química para el tratamiento de la leucemia cuando ésta se manifiesta en edades infantiles; el control de la natalidad se logra de forma más barata que con productos de síntesis química partiendo de elaboraciones semidomésticas, como se viene haciendo en la India y México, utilizando varias especies del género *Dioscorea*; buena parte de la investigación para la prevención o el tratamiento del cáncer, la diabetes y el SIDA se está llevando a partir del estudio y análisis de los más diversos vegetales; cantidad de plantas del bosque tropical son especialmente ricas en lo que se denomina "metabolitos secundarios", en particular alcaloides, que pueden actuar como factores de protección frente a hongos o insectos; otras plantas actúan segregando venenos que ahuyentan a los depredadores u odoríferos que atraen a los polinizadores.

El éxito de la especie humana se debe, entre otras cosas, a su diversidad biológica. Es preciso, pues, conservar cuidadosamente esta diversidad de los seres humanos. Tanto más cuanto que la diversidad cultural, que ha desempeñado en el desarrollo de la humanidad un papel más importante aún que la diversidad genética, se encuentra en la actualidad gravemente amenazada por el modelo que ahora impone la civilización industrial.

Los ejemplos podríamos multiplicarlos para cargarnos de razón, mientras que no encontraríamos hechos y argumentos que justificasen nuestros comportamientos destructivos.

Seguimos inmersos en la situación del mito prometeico. Prometeo representa para la humanidad el símbolo del combate contra la Naturaleza, contra el orden natural establecido por los dioses. Desde siempre el hombre no ha cesado de luchar: contra la miseria, contra el frío, contra la enfermedad y la muerte; contra la violencia del mundo que lo envuelve. Recluido en su condición de ser vivo, ha rechazado plegarse a las leyes de la Naturaleza. Se ha negado a ser un animal o a ser sólo un animal. Este rechazo lo manifiesta desde sus orígenes; desde la invención del fuego, de la escritura y del cálculo. Y para esta lucha, la ciencia, aunque tarde, acaba suministrando las armas.

Bajo toda la temática de los procesos y fenómenos desencadenados por las actuaciones de la humanidad subyace una realidad sobre la que ha corrido y correrá mucha tinta: nuestro comportamiento demográfico, que nos lleva a preguntarnos dónde están los umbrales hasta los que podemos llegar sin convertirnos en los destructores del medio que no sostiene, hasta que la merma o el cambio de las condiciones de este medio nos lesione o nos borre como especie.

De cualquier manera, es claro que partimos de una situación numérica irreversible por el momento y con una determinada inercia en un próximo futuro. Somos cada vez más los que pensamos que, por un lado, debe corregirse la tendencia demográfica a fin de conseguir un crecimiento cero, para, una vez logrado, optar por la política demográfica que se considere idónea, y, por otro lado, además, no queda sino asumir la necesidad de un cambio radical de actitudes, que tiene que partir, por más que nos cueste, de nosotros, o sea, del mundo desarrollado. Ya lo expresó muy bien Aurelio Peccei: “ser más y querer menos”; más intelectual y espiritualmente; y menos materialmente. Sin dejar de reconocer la dificultad de llevarlo a la práctica, en un mundo en el que una mayoría pobre destruye sus recursos, simplemente para sobrevivir día a día mientras una minoría rica los consume y derrocha insaciablemente.

Llega el momento de recapitular y finalizar. En el título hemos escrito “luces y sombras”. Pues bien, creemos que muchas de estas luces son como las luminarias de las ferias o como los fuegos artificiales. Espectaculares pero momentáneas y fugaces, contempladas a la escala del tiempo que lleva viviendo nuestra especie. Frente a ellas, las sombras son algo persistente y perdurable, acumulativo algo que tratamos de ignorar o minimizar, bajo la creencia de que el hombre y la ciencia lo pueden todo, como efectivamente ha venido ocurriendo y cuya prueba más evidente es el éxito fulgurante de la humanidad en el último siglo y medio.

Mas ya hemos visto que ese éxito no ha sido para todos. Y hay sombras que siguen sin recibir luz: el hambre, la subalimentación y sus secuelas, como sombra mayor.

Creemos que la Economía de la Naturaleza y la Ecología por una parte, y la Economía del y para el hombre por otra, son realidades inseparables, de modo que las prácticas vividas y usuales, tendentes a separarlas, son no sólo erradas sino positivamente peligrosas. El destino del hombre está ligado al destino de la Naturaleza, y la arrogancia del mundo ingenieril o tecnocrático no altera esa situación. Es posible que el hombre sea una especie animal muy peculiar, pero sigue formando parte del sistema de la Naturaleza.

Las culturas que alcanzaron a vivir periodos estables en su medio ambiente tendieron a ver el mundo como un sistema muy cerrado —como es en realidad—, un sistema que ellos habían llenado y del que no había escapatoria. Para ellos vivir dentro de sus límites era una segunda naturaleza.

Curiosamente, a esta perspectiva responde un original documento de una comunidad rural muy cercana a nosotros, Zalamea, perteneciente a la jurisdicción del Arzobispado de Sevilla, que en tiempos de Felipe II disponía —no sabemos de la mano de quién— de unas Ordenanzas municipales que yo ya he comentado en otro lugar y que son un prodigio de lógica ecológica, tendente a la conservación tanto del sistema natural como del antrópico.

Así, una buena parte del articulado se orienta al buen uso del agua en las fuentes y en el río Odiel. Debo insistir en la palabra “uso”, porque lo restrictivo de las Ordenanzas nunca suponía negación o conservación pura y dura, sino uso adecuado, que hoy llamaríamos sostenible. Igualmente se articulaba la

utilización del mundo vegetal, con cuidado a su mantenimiento o facilitando su regeneración. Se reglamentaba la caza, impidiendo prácticas inadecuadas por excesivamente lesivas o fuera de época. Y lo que es más asombroso: al vecino que alcanzaba la mayoría de edad y lo solicitaba se le facilitaban solar para edificar casa, huerta y heredad para viña; eso sí, con la obligación de hacerlo en un plazo de tiempo lógico y procurando su mantenimiento correcto y productivo; de no hacerlo así, revertía al común.

Muchos otros artículos constituían auténticos “feed-back” o mecanismos de retroalimentación para el buen funcionamiento del sistema a lo largo del tiempo.

Se trata, pues, de toda una normativa de comportamiento para una comunidad. Normativa desarrollada intuitivamente, en función de una experiencia acumulada. Acumulación de errores que condujeron a aciertos, entonces sin fundamentación científica alguna.

Hoy se apunta la necesidad de un nuevo orden mundial, y “ordenanza” viene precisamente de “orden”. Parece evidente que nuestro mundo habría de necesitar unas ordenanzas. Pero los problemas a solucionar para el mejor funcionamiento de la comunidad mundo no son los de un término municipal. Ahora bien, si se piensa que tales ordenanzas son necesarias, tendrán que arrancar de una filosofía previa, que no puede ser otra que la de partir de unos principios éticos.

De una “*Ética mundial para la Economía y la Política*”, como titula en uno de sus últimos libros Hans Küng. El tema podría dar lugar a otros muchos discursos y aquí no ha lugar a desarrollarlo, pero apuntar que por ahí ha de estar el camino es un imperativo insoslayable.

Los más o menos 200.000 años transcurridos desde que existe la inteligencia humana es un tiempo demasiado breve para poderla considerar un error definitivo en la larga historia de la vida sobre el planeta, pero cabe preguntarse si no será la inteligencia una característica que tal vez prepara a las especies para una ascenso y una caída meteóricas, en vez de hacerlo para la supervivencia a largo plazo.